A
MANUEL MORENO BARRANCO
(1932-1963)

IN MEMORIAM

DOSSIER
REVISTA "PLIEGOS DE OPINIÓN"
OTOÑO 2002

A MANUEL MORENO BARRANCO, IN MEMORIAM

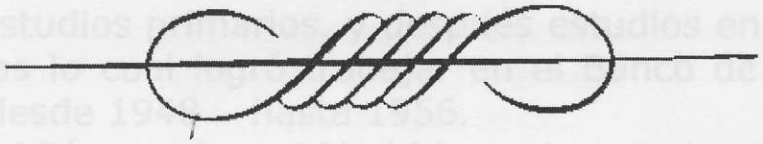
MANUEL MORENO BARRANCO

(1932-1963)

"Los jóvenes, ahora, estamos todos muertos, sólo resucitaremos al escuchar los primeros crujidos de esta cloaca que se derrumba, de este cementerio viviente que nuestros padres nos han dado como cuna. !Mira!- Sus ojos y sus manos abarcaron el conjunto, la pastosa calma de los paseantes aburridos, la inanidad de los solitarios de los casinos, la cara aterradoramente inexpresiva de un colegial que pasaba - ¿ves? Todo esto está tan tranquilo como una tumba inmensa; todo vive, si a eso se puede llamar vivir, como ayer, como anteayer, como el otro. Nada cambia en este pueblo santurrón e hipócrita, este pueblo que podría ser una maravilla si hubiera entre los que pueden un adarme

de corazón y de cerebro. Tal como está ahora es una ciudad en ruinas. Todo está ruinoso, aunque no se vean escombros. La bancarrota la tiene muy adentro, supurándole en las propias entrañas. "

(fragmento de la novela inédita "Arcadia Feliz", de Manuel Moreno Barranco)



Nacido en Jerez de la Frontera, el 24 de abril de 1932, Manuel Moreno era hijo de Manuel y de María Luisa. El padre, "desapareció" en la serranía de Ronda, al huir de Jerez hacia la zona republicana ,el año 1936. La madre tuvo que sacar a adelante a él y a su hermana, Petra, montando una lechería en la calle Levante, de Jerez.

Realizó sus estudios primarios, y después estudios en la Escuela de Comercio, tras lo cual logró trabajar en el Banco de Jerez, donde permaneció desde 1948 hasta 1956.
En 1956, decidió marchar a Madrid, en busca de mayor libertad para su obra creativa. En la capital de España residió hasta 1959, en que decidió marchar a París, de nuevo en busca –esta vez sí de mayor libertad.

En París, trabajó en el Banco Francés de la Agricultura , y en 1962, vino por navidades de vacaciones a Jerez. La policía registró su casa materna el 27 de enero de 1963, y posteriormente el 13 de febrero, en busca de una emisora clandestina.

Se lo llevaron detenido a la Comisaría de Jerez de la Frontera el 13 de febrero de 1963. Dijo a su familia que regresaba en un rato:

"ORDEN DE REGISTRO"
No miren por ahí
todo son libros;
no es entre mis papeles
ni en la cama
donde vayan a hallar
algo escondido.
¿Cuánto cobran ustedes
mensualmente?
No nada; pensaba
lo que vale este registro.
En fin ya son las tres
¿ qué esperan encontrar?
es tristísimo.

Sí de acuerdo retiren
lo que quieran;
vamos abajo pues;
perdonen olvidaba
el abrigo.
Adiós mujer
no pongas esa cara;
te digo
que están equivocados
son sólo unos poemas
/ versitos tontería.
Yo regreso ahora mismo."

(José Agustín Goytisolo)

Manuel Moreno Barranco nunca regresó. Salió moribundo de la cárcel de Jerez, tras nueve días de interrogatorios, para fallecer a las pocas horas en el Hospital de Santa Isabel, de Jerez, el22 de febrero de 1963. La policía vigiló su entierro. Tenía 31 años.

Pese a tener obra publicada en la Editorial Aguilar, y una importante obra inédita, de cuentos y novelas, hasta el día de hoy su nombre no existe en ninguna historia de las letras jerezanas. Una vez más ,la amnistía se volvió amnesia, también para los eruditos.

La revista "PLIEGOS DE OPINIÓN" se enorgullece de efectuar este primer reconocimiento público a su figura, cuarenta años después de su asesinato.

PRESENTAMOS DOS DE SUS CUENTOS,INÉDITOS HASTA LA FECHA.

- **El viejo y Jehová**
- **La fuerza del muerto**

MANUEL MORENO BARRANCO
BIBLIOGRAFÍA

Obra publicada:

- **Revelaciones de un náufrago. Cuentos**, editorial Aguilar, colección NOVA NAVIS. Madrid, 1957. Colección de seis relatos:
  - **Retratos y paisajes de Carmelo Vargas**.
  - **Encrucijada**.
  - **Amanecer**.
  - **Sin cuartel**.
  - **Un marido viejo**.
  - **El engaño**.

Obra que probablemente haya sido publicada:

- El relato **Un empleado de banca** (Madrid, diciembre 1958) tiene la siguiente anotación a mano: "Enviado a "Sur" Buenos Aires el 15-8-1959".
- El relato **En la marisma**. (Madrid, diciembre 1958) tiene la siguiente anotación a mano: "Enviado a "Sur" Buenos Aires el 15-8-1959".

Obra inédita:

Novelas:

- **Arcadia Feliz**. (¿Abril 1959?) 359 folios.
- **La llamada**. Novela corta. (Jerez, septiembre 1956) 92 folios.

Relatos:

- **La fuerza del muerto**. (Madrid, marzo 1958) 5 folios.
- **El cuarto de baño**. (Madrid, mayo 1958) 18 folios.
- **El miedo**. (Madrid, junio 1958) 5 folios.
- **Carta a un amigo**. (Madrid, julio 1958) 8 folios.
- **La navegación de Julián**. (Madrid, agosto 1958) 39 folios.
- **Paraíso negro**. (Madrid, agosto 1958) 14 folios.
- **Una dama de provincias**. (Madrid, Octubre 1958) 33 folios.
- **En la marisma**. (Madrid, diciembre 1958) 7 folios.
- **El empleado de banca**. (Madrid, diciembre 1958) 7 folios.
- **El constructor de jaulas**. (Madrid, diciembre 1958) 8 folios.
- **El señor coronel**. (Madrid, abril 1958-París, Octubre 1959) 14 folios.
- **El viejo y Jehová**. (París, julio 1959) 7 folios.
- **Diario de viaje**. (Anotaciones de un viaje desde Sevilla a El Rocío del 10-5-61 al 22-5-61) 11 folios.

Otras:

- Relato sin título "**¡Late, late, corazón de desierto**..." No parece inacabado. 44 folios.

- Relato incompleto **La habitación estaba sumida en la penumbra**...
  Comienza en la página 8 y termina en la 72.

EL VIEJO Y JEHOVÁ

-Manuel Moreno Barranco-

Hace cinco días que espero sentado en la silla, delante de mi casa. No puede estar más tiempo sin venir a vernos Yo no lo espero con el hacha levantada, porque no le tengo odio, pero sé que el Señor Dios vivo no le dejará traspasar nuestra puerta, matándolo con su rayo.

No está bien lo que ha hecho con nosotros. Seguro que tiene la conciencia sublevada y estará penando. Pero es inútil que llore, que gima o que se arrepienta. Hay un Dios que los viejos cristianos llaman Jehová, que no permitirá su existencia pecadora sobre la tierra.

Yo espero cada día sentado en mi puerta, con la escopeta que no usaré nunca, abatida a mis pies. Quiero ver el rayo del Señor que ha de herirle. Hay granitos de arena por el suelo que, cuando él venga, se levantarán contra él. También hay piedras grandes junto al camino, que ellas sólas se levantarán y le herirán donde más le duela, donde tenga más delicado el corazón, para, finalmente, matarlo. Yo estoy tranquilo porque sé que todo se cumplirá. Es así.

Puedo estar tranquilo, pero también puedo seguir pensando en lo que nos ha hecho. No ha estado bien y yo me siento implacable. Los ríos de nuestra tierra son lentos, pero avanzan sin cesar y parece que piensan, tan cuidadosa es su crecida cuando se desbordan para arrasar nuestros campos. Y yo siento que ahora mi sangre es un cuévano donde madura lentamente el trigo de la sabiduría. Él me ilumina y yo sé lo que pasará, exactamente lo que pasará con este hombre que ha envenenado mi casa con su aliento y con su crimen.

Vino, y yo le recibí en mi casa, porque Dios manda ser samaritano, y yo cumplo los preceptos del Señor. Mi mujer también los cumple y también acogió con justicia al hombre vencido por la vida. Dios nos manda acoger al viajero que se arrastra por la vida con espíritu de peregrino. Santa Olalla también es santa y manda recibirlos.

Cuando él, ya consolado de cuerpo y espíritu, pudo marchar, me suplicó quedarse. Yo le accedí, porque ya soy viejo y es bueno que el árbol vetusto, si no le quedan ya ramas propias, deje crecer a su lado a los árboles jóvenes extraños, porque así es la vida.

Se quedó, y empezó, sin nosotros verlo, a mirarnos de través, a mi mujer y a mí. A mí porque creen soy viejo y se piensa que no puedo cubrirla como antaño. En lo que se equivocan, porque todavía mi savia es verde y hace sombra viril en nuestro lecho. Día llegará en que esa sombra se borre, pero entonces ella no tendrá necesidad de ser cubierta, porque sus pechos estarán arrugados de vivir y no soltarán leche.

Meses yo esperando quietamente la muerte, trabajando, viviendo, y rezando en el Señor. Como mi mujer, la que espera ahí dentro sepultura. Ella también, viviendo ajena al veneno que se destilaba lentamente en el corazón de aquel viajero que tiempos atrás habíamos acogido en nuestra casa.

Trabajamos, trabajaba él y trabajaba yo, y nuestros golpes de azada, viendo crecer la tierra a nuestro alrededor, se me antojaban flor de porvenir venturoso. Yo soy viejo, quizá desde hace sólo cinco días en que dejo gotear desde mi nariz hasta mi boca. Pero hace seis, cuando mi mujer estaba aún viva y yo la poseía una vez a la semana, yo me sentía joven, tan joven como el garañón negro que dirige cada mañana la manada hacia el valle. Mi mujer también se sentía muy joven, porque lo era intensamente antes de morir y porque yo la sentía palpitar entre mis brazos cuando en el momento de poseerla se iniciaba conjunto nuestro galope de sangre. Una mujer es joven cuando su

marido la posee juvenilmente, cuando ella siente que la lumbre quieta de sus senos en reposo se pone de repente a arder como una retama seca de verano. Hemos tenido hijos numerosos, porque mi sangre de patriarca se regocijaba lentamente cada vez que la sonrisa de mi mujer anunciaba un nuevo hijo. Ella era matriarca y cuando los hijos se le colgaban de los pechos, ella sonreía en el dulce misterio de la vida que nos manda el Señor.

Nuestros hijos todos, no están con nosotros. Unos han muerto, porque estaba escrito en el Libro de la Vida que no habían de pasar largo tiempo en la tierra. Otros han vivido junto a nos, los hemos crecido dándoles nuestro vigor de árbol, y luego se han marchado a hacer su hogar, que es bueno que cada hombre y cada mujer procree en el sitio que el Señor le tiene señalado desde el principio del mundo. Así nos quedamos poco a poco solos. Hasta que vino este hombre, viajero de muerte.

Un día él me dejó solo, roturando el olivar para el próximo hacer. Y se vino hacia acá. Yo imagino y recuerdo el relato de agonía de ella. Venía con aspecto tranquilo y mi mujer le atendió con la misma bienandanza que ella siempre usó con todos, con la misma universal sonrisa materna con que cada hombre lleno respetó su condición de mujer mía y madre de todos.

Pero él no venía con la sangre reposada del árbol que paso a paso crece y vive. Su sangre se le había despertado aquel día del color sombrío del corazón de David cuando mandó a Urías no volver de la batalla. Así lo cuenta la Biblia.

Ella luchó breve y en su ruda agonía de náufraga centelleó entre sus manos la escopeta que nunca falta en casa bien nacida y bien guardada. La misma que ahora acaricia mis pies. La lucha fue entre la agonía de la sangre y la maldad del demonio.

¡Yo creo en el Mal! Creo que está tan agarrado en el corazón del hombre como la propia Vida. El Bien y el Mal se combaten siempre sobre esa pirámide sagradamente roja donde cada uno de nuestros latidos difunde nuestra vida en el latir del universo. Nuestro corazón es una salvaje montaña de pasiones, donde habitan como hermanos la santidad del Señor y la maldad de Satán. El Orgullo, la Crueldad, la Sensualidad, la Avaricia y el Demonio, son allí fuerzas inmensas que luchan sin descanso contra la definición de la Naturaleza, la majestad del Bien, la suprema aspiración del Hombre, que no encuentra palabras fuertes y concretas con las que definir las pasiones noblemente fuertes que deban oponerse una por una al Orgullo, la Crueldad, la Sensualidad, la Avaricia y el Demonio. Sólo encuentra las palabras Bien, Bondad, Fe, palabras vacías sin auténtica fuerza concreta y potencial. Esta ausencia de palabra es la que origina tantas veces el triunfo del Mal.

En la lucha, ella venció. No fue de él. Pero la elección no incluía la palabra Vida, sino sólo Muerte o Ignominia. Y ella fue lo bastante fuerte para morir sin pecado, para aceptar pudrirse prematuramente cuando aún tenía largos veranos que vivir junto a mi sombra. Mi sombra, que ya se ha vuelto caduca y que no tiene fuerza siquiera para llevarse el pañuelo a la nariz e impedirle que derrame sus humores sobre mi boca.

Pero él vendrá. Y yo estaré quieto. Y yo confío en el Señor, que es el supremo justiciero. La Biblia, suma de la Verdad y el Bien, lo dice en sus palabras santas: El que a hierro mata, a hierro debe morir. ¡Muerte, pues, Muerte para quien administró la Muerte a quienes le ofrecieron sustento y albergue cuando él venía con desolación!

Lo digo sin odio, sin aspiraciones de profeta. Estoy seguro de lo que ha de ser. Hoy es el quinto día que espero sentado a mi puerta, sin moverme de la silla hasta que el dedo de Dios vivo aplaste al hombre que mató y violó la Verdad y el Bien.

El camino está ahora vacío, sólo lo llena el polvo que algún día seremos. Algún día, nuestros cuerpos, tierra, volarán sobre estos sembrados, empujados por el viento, porque aquí quiero que ella y yo seamos enterrados, previo permiso de la Iglesia.

Hemos criado hombres y mujeres, tierras y animales, y éste será nuestro centro para toda la eterna vida de la materia. Nuestro espíritu, donde lo disponga el Señor.

Entretanto, una sombra ha nacido sobre el camino blanco que algún día seremos; es la figura del viajero. ¡Tenía que venir! ¡Tenía que ser así! Estoy a punto de gritar. La sangre que me vive dentro se ha puesto de repente tumultuosa, después se ha apaciguado. Sí, eso es, debía ser así... Estoy a punto otra vez de gritar: ¡Sí, sí, sí...! El asesino vuelve donde existe su vida, donde su vida se ha comunicado durante un segundo con toda la vida del universo y en un alarido inmenso de inmensa muerte, con toda la vida de los asesinos que mataron antes que él y que ya murieron para siempre...

Viene despacio, pero sus pasos se arrastran como si una cadena implacable lo atrajera sin compasión dentro de la casa. Yo le miro a la cara, surcada de venillas blancas, que antaño fueron negras. No me he movido porque mis piernas están rígidas como garrotes, pero sobre su cabeza yo veo el dedo del Señor. Sí, este hombre, como yo he esperado siempre, ha caído en manos del Dios vivo. Lo dice la Biblia: "Terrible es caer en manos del Dios vivo".

Los ojos de este hombre están desiertos de todo lo terreno. Navegan desde dentro de los tiempos en esa isla de sangre aquietada donde se mecen dulcemente los muertos, esperando la paz eterna sin medida ni principio.

Se ha parado delante de mí. Yo espero sentado en mi silla de cinco días. Yo me dejo adormecer en el poderío santo de las fuerzas santas e invisibles. Mi nariz ha musitado despacio su humor sobre mi boca, que ahora se siente impasible, prieta de santidad.

Mis rodillas sienten reflejos de azogue frío y crispante. Mis ojos relucen, esperando. Esperando, esperando, esperando... Siempre, siempre, siempre... El viajero se lleva la mano a la cabeza, como intentando recordar algo.

Yo le veo, ahora siento que el dedo de Dios vivo le oprime con su ímpetu soberano y justiciero. La tarde se ha llenado de un rumor escarlata, el valle se ha abalanzado terrible sobre la montaña y la montaña sobre el valle y el sol ha volado, redondo de azufre sangriento, incendiándolo todo en una veloz comunicación con lo sobrenatural y el azul del cielo se ha vuelto totalmente rojo, queriendo arrollar con su sangre justiciera al maligno representante del Mal.

El viajero se ha doblado, cogiendo la escopeta que yace a mis pies. Se ha alzado lento, ofreciéndomela. Yo he dicho No con los ojos, con los labios cerrados, con el corazón cerrado, porque ahora lo espero todo del juicio de Dios. Él no dice nada. Espera. Luego, yo siento el disparo muy cerca de mí, mordiéndome el cuello como una culebra terrible, queriéndome ahogar con su frenético olor liberado de pólvora humana. Después, lo miro muy despacio. El hombre que había ofendido a Dios y a la Humanidad, yace ahora con la cara vuelta al misterio del cielo. La paz torturada de su rostro es inmensa en su soledad.

Me levanto. Mis ojos se alzan hacia arriba, en acción de gracias. La existencia azul de lo alto recobra su dureza insoportable de zafiro, su imposible serenidad inmóvil.

Sí, el rayo del Señor se ha cumplido, como yo esperaba en mi fe. Este hombre, como en su destino estaba escrito, ha caído en manos del Dios vivo para morir. Ya está más allá. También pronto formará parte del polvo de algún camino.

Yo entro en la casa y voy adonde se pudre mi mujer desde hace cinco días. Mi mano ya busca el pañuelo para limpiar el polvo físico de mi boca, prieta aún de santidad.

Quisiera tener buena voz para cantar:

¡Hosanna, hosanna...!

LA FUERZA DEL MUERTO

-MANUEL MORENO BARRANCO-

La muchacha, viniendo a caballo por la carretera, se detuvo frente al portal de nuestra finca. Mi hermano Marcos salió a recibirla. Yo estaba asomado a la ventana con un libro de texto entre las manos, pensando en otras cosas.

Mi hermano la ayudó a apearse, trayéndola hasta casa a través del camino, sembrado lateralmente de robles. Con su brazo izquierdo rodeaba los hombros de ella. En el derecho traía arrolladas las riendas del potro. Venían charlando y riendo. El camino hacía un recodo en su centro, por lo que no pude verlos durante unos momentos. Tardaron más de lo necesario en rebasarlo, por lo que supuse que – como yo más tarde con María – se habían detenido a besarse.

Lidia y Marcos eran novios desde la niñez. Ella venía a caballo desde su casa, situada a cinco kilómetros de la nuestra. Sus padres eran ricos. Explotaban una cuadra de caballos en una hacienda de bastante importancia, vinculada por tradición a las cuadras y carreras de la capital.

Eran defectuosamente ricos. No querían a Marcos, pero Lidia era hija única y ellos acabaron resultando demasiado débiles para resistirla.

Cualquiera habría resultado demasiado débil...

Ella tenía diecinueve años y él veintiuno. Era hermosa y fuerte y tenía empaque y serenidad de amazona. Era la única mujer que sabía montar – y por cierto maravillosamente – en todo el término de Laverna. Mi hermano hacía buena pareja con ella. Como un bergantín joven, batía mares de ensueño junto a los labios rojos de Lidia.

– Jorge – me gritó él cuando llegaron frente a la ventana, sacándome de mi aparente abstracción frente al libro – ¿Qué haces ahí estudiando en un día tan estupendo como este?

– Ven con nosotros ¿quieres? – invitó ella, con su voz algo velada y su vivaz sonrisa en la boca. – Vamos a casa de los Rivas – .

A mí me ilusionaba ir allá, porque lo pasaba formidablemente. Eran nuestros vecinos más próximos y mis quince años se veían seriamente amenazados en su tranquilidad por los ojos negros de María Rivas. Soñaba con su fresca boca y con la suave tibieza de su piel morena.

Pero al día siguiente había de ir a la ciudad, presentarme en el Instituto y decir a los graves señores que componían el tribunal lo que sabía sobre el acetato de plomo, la división de la zoología o los sitios donde había más hulla en el mundo.

– No, gracias – les contesté, – Idos vosotros. Yo tengo que repasar.

Ella sonrió – como siempre y como nunca, con su fuerte vitalidad siempre idéntica y siempre distinta – y Marcos agitó la mano, diciéndome adiós a un fuerte unísono, como acostumbraban. Luego, tomaron el camino que conducía a casa de los Rivas, siguiendo la pared de hiedra del jardín. Me dejaron solo.

Como un rayo luminoso de recuerdos entre las cenizas nebulosas de aquellos mis quince años, conservo la imagen de su despedida. Unidos por los hombros, con los brazos respectivos en un semiabrazo de eterna nostalgia, se disiparon en aquella tarde de viejo sol.

Yo continué estudiando unos instantes y luego dejé el libro sobre la mesa, yéndome a merendar.

Laverna es una ciudad mediana y gris donde la clase media es el elemento triunfante. Pléyades de empleados salen por las mañanas a su trabajo y consumen las horas luminosas del día encerrados entre mostradores y encorvados sobre pupitres venerables.

El Palacio Consistorial, la media docena de iglesias en esta ciudad católica y aburrida, el Instituto capacitado para doscientos alumnos y albergador de trescientos, son los poderes civiles y religiosos, amén de culturales, que dominan, imprimiendo a la vieja villa un sabor de nostálgica tristeza de otros tiempos más vivaces y fecundos.

Nosotros vivíamos a diez kilómetros de Laverna, en una casa de campo que heredó mi padre de los suyos. Él, abogado de pleitos machacones, iba todos los días a la ciudad en un Ford de motor renqueante, que le había proporcionado más de un disgusto en la carretera, quizá media docena de parones desde que yo recordaba, sin que fuesen suficientes los esfuerzos de mi padre, viejo y avezado mecánico, para infiltrar vida en su rencorosa osamenta.

Mi madre suspiraba cada vez que oía hablar de los azares del viejo Ford y mi hermana Gracia solía decir: "Cuando yo sea mayor, papá no tendrá necesidad de ir a la ciudad y si la tiene, lo hará en un buen coche. Venderemos este trasto tan viejo y compraremos un coche maravilloso". Gracia tenía quince años y ser mayor en Laverna equivalía a tener treinta años.

Mi padre trocaba sus suspiros en sonrisa y acariciando su cabeza, nos miraba a Marcos y a mí, como reprochándonos nuestra indiferencia.

Yo tenía mis gigantescos problemas escolares, quince años como Gracia y sueños a realizar que no tenían nada que ver con el hecho de proporcionar un coche nuevo a mi padre o hacer que se quedara en casa encerrado en su despacho entre papelotes o tomando el sol bajo el emparrado de la terraza.

Y mi hermano Marcos tenía veintiún años, estudiaba febrilmente para ingresar en Aviación y ... no estaba para nadie más...

Amaba...

Lidia Goyoaga existía...

***

El Ayuntamiento dormitaba, las iglesias dormitaban, el Instituto, los laverneses, la ciudad entera dormitaba...

Hasta que llegó... 1936.

La vida aburrida de Laverna se terminó. Empezó una vida de ansiedad, de torturante espera, de ávidas fuerzas que se iban diluyendo. Los hombres jóvenes afluyeron en bandadas a los cuarteles y fueron expedidos a los frentes en apretados vagones de ferrocarril.

Las autoridades iban a despedirlos a la estación, lo padres, las madres, las novias. Lidia fue también. Marcos se iba. Y todos en el andén hubiéramos querido detener las ruedas de acero de la máquina que se llevaba algo tan nuestro...

***

Pasaron meses. Marcos, por sus estudios, fue rápidamente destinado al Centro de Aviación Segoviano, a más de setecientos kilómetros de donde nuestros corazones latían, esperando siempre sus cartas.

Siempre fue misterioso para mí, a pesar de todo, de sus cortos veintiún años y de que yo le profesaba una enorme admiración, quizá por su temprano amor con Lidia y por la promesa que significaban sus estudios de aviación. A veces soñaba en voz alta, cuando estaba solo conmigo. Yo tenía la sensación de que quería morir muy alto, enganchado como un copo de sangre en la punta de una estrella. Tenía una manera especial de mirarme y sonreír como si yo fuera algo posesivo de él, una Lidia masculina, algo firmemente entrañable.

Sus cartas eran breves, saturadas de pausas, porque no decía sino cosas amables, detrás de las cuales yo creía entrever las escenas de cuartel y las volteretas de los aviones en el cielo. Él tripulaba ya un Junker – 36.

Fue en 1938, a los dos años de guerra. Recibimos el parte azulado del ministerio, "amargo y glorioso", como decía un catedrático del Instituto a quien yo apedreé una tarde. Marcos había caído en el frente de Teruel, derribado su avión sobre los campos grotescos donde se riñen las batallas.

***

Una larga pausa de tiempo...

***

Lidia y yo hemos penetrado lentamente en el mundo que nos dejó el muerto. Mejor dicho, ella me ha llevado de la mano a los sitios donde vivieron juntos, donde estuvieron juntos en noches cálidas,, donde se poseyeron con la luz y el silencio, con la carne y la sombra...

Hoy tengo ya veinticinco años y ella veintinueve y hemos formado el viejo triángulo, porque yo he tenido precisión de casarme y de ser aviador, para tener hijos que lo sean también. Pero no quiero hablar del aire ni de los aviones, porque en ellos me siento más cerca de la estrella donde cuelga mi hermano.

Han pasado diez años y yo tengo mujer e hijo. María y Marcos se llaman. Y yo me siento también aquel otro Marcos que murió, porque Lidia lo ha querido así. Me llama igual que lo llamaba a él y yo siento que poco a poco me voy perdiendo en ese sueño poderoso y terrible que ha creado esa mujer para revivir a su amante muerto...